

XX CONGRESO NACIONAL DE CONTADORES DE CHILE

Rancagua, Noviembre 2017

“LA ENSEÑANZA DE LA ÉTICA EN UNA SOCIEDAD DE CAMBIOS”

Área: EDUCACIÓN

Trabajo Técnico

AUTOR: Jaime Reid Tobar

PROFESOR ESCUELA DE CONTADORES AUDITORES DE SANTIAGO

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	3
LA ÉTICA Y SU ENSEÑANZA	4
ÉTICA Y SOCIEDAD MODERNA: ORIGEN Y CONTEXTO	8
ALGUNAS CAUSAS DEL PROBLEMA ÉTICO EN LA SOCIEDAD MODERNA	12
PALABRAS FINALES.....	18
BIBLIOGRAFÍA BÁSICA	20

PRESENTACIÓN

Este ensayo tiene dos propósitos básicos. Por un lado, busca exponer algunos componentes socioculturales de la sociedad moderna que condicionan cierta moralidad y, por otro, intenta mostrar que estos aspectos sociales y culturales en el funcionamiento de la modernidad resultan cruciales a la hora de indagar formas para la enseñanza de la ética.

La mirada que propone esta reflexión se orienta a explorar las causas que explican que ciertas conductas morales tiendan a prevalecer en contextos determinados. Se apuesta a una perspectiva que enfatice vínculos de causalidad en la comprensión del fenómeno ético-moral, de modo que permita superar un análisis puramente normativo o aquellos que sólo proponen prédicas moralizantes que terminan por ocultar o empobrecer el análisis ético.

El camino que se ha privilegiado en esta oportunidad consiste en ponderar los efectos éticos y morales que tienen algunos componentes esenciales de la sociedad moderna. Se ha intentado identificar aquellos aspectos relevantes en la configuración de nuestro contexto sociocultural, a fin de encontrar explicación a ciertas tendencias éticas y morales que se vuelven recurrentes.

De esta forma, se inicia esta reflexión explicando por qué el camino elegido se convierte en una opción válida -entre muchas otras- para la comprensión del fenómeno ético y sus efectos prácticos. En el primer tema que se desarrolla, que alude a la ética y su enseñanza, se mencionan aquellos enfoques que normalmente han oscurecido el significado de la ética y la moral, proponiendo una mirada alternativa a partir de factores sociológicos y psicológicos. En este sentido, se le asigna una particular relevancia al compromiso individual y a la responsabilidad personal en el desarrollo ético-moral. Aquí se postula el gran desafío que tienen todas las instancias formativas en el logro del crecimiento personal, dado que se asume el principio que actitudes éticamente sanas sólo son posibles a partir de personas psicológicamente sanas.

Un segundo aspecto que se revisa consiste en identificar las bases socio- históricas que dan inicio a la sociedad moderna, con el propósito de tener una referencia en el tiempo del vínculo hombre y sociedad en la construcción de nuestra modernidad. Finalmente se evalúa como esta nueva realidad socio cultural condiciona escenarios éticos de impactantes repercusiones para la convivencia social.

Tal vez esta opción de explorar el origen y la identidad de las conductas morales enfatizando la importancia de los contextos socioculturales, sea un camino sugerente en la búsqueda de formas

eficientes en la enseñanza de la ética y en la eventual modificación de conductas nocivas para la convivencia humana.

La comprensión del fenómeno ético-moral, particularmente cuando se está pensando en su enseñanza, requiere establecer el justo equilibrio entre sus factores objetivos y subjetivos, ambos con el mismo grado de importancia. Lo objetivo y lo subjetivo interactuando en el momento en que se expresa una de las conductas humanas más importantes y complejas que conocemos, la conducta moral, que en estos días resulta urgente revisar.

LA ÉTICA Y SU ENSEÑANZA

Dentro de los enfoques que han obstaculizado la comprensión del fenómeno ético-moral destacan dos. Por un lado, está aquella obsesión práctica que sólo busca el control y la manipulación de conductas. Se trata de un enfoque que se ampara en una suerte de “realismo moral” que sólo proyecta conductas estereotipadas despojadas de todo tipo de principios y fundamento ético. En la segunda perspectiva errática sobresale la conocida visión de promover conductas morales sólo a partir de discursos iluminados y que normalmente terminan en la simple prédica autoritaria. En ambos casos se eclipsa una reflexión más de fondo de la conducta moral del hombre en la sociedad.

Aventurarse en la posibilidad de opciones más eficientes en la enseñanza de la ética, requiere partir a lo menos por fijar ciertas precisiones conceptuales que se orienten a establecer relaciones de causalidad o bien conductas morales posibles a partir de ciertas circunstancias concretas. De este modo, parece sensato sumarse a la tradición que entiende a la ética como la teoría o ciencia de la conducta moral, de modo que la ética junto con significar valoraciones de la conducta, se transforma, además, en una herramienta de análisis riguroso del comportamiento moral, entendido básicamente como aquella conducta humana que afecta a otros. Sin duda que esta forma de entender el vínculo entre ética y moral puede orientar el análisis en la dirección de comprender las causas de ciertas conductas morales, como también visualizar cuales podrían ser las circunstancias que nos permitan esperar una moral más deseable.

Es razonable pensar que la posibilidad de lograr comportamientos morales que contribuyan a una convivencia sana, supone el requisito cognitivo de comprender por qué bajo ciertas circunstancias aumentan o disminuyen determinados comportamientos. De esta forma, definir la ética como la ciencia o teoría de la moral nos coloca frente al desafío de comprender y eventualmente modificar conductas nocivas cuando visualizamos su origen.

La ética en cuanto estudio, análisis y comprensión de la conducta moral, nos exige considerar a lo menos dos exigencias. Por un lado, proyectar la ética como un campo teórico que requiere del aporte de diferentes disciplinas que estudian la conducta humana y, por otro, que este conocimiento se ajuste mínimamente a una metodología rigurosa y confiable. Por cierto que la enseñanza de la ética desde esta perspectiva no garantiza conductas morales adecuadas, pero abre un sugerente horizonte cognitivo que apuesta a que el conocimiento de las causas de ciertas conductas morales contribuyan a su modificación o mantención.

Desde esta concepción de la ética podrían enfrentarse diversas situaciones ético-morales. En el presente, a modo de ejemplo, podríamos evaluar y estudiar por qué en la actualidad resulta tan recurrente la existencia de “dobles discursos”, en donde por un lado se alaba la ética y las buenas costumbres y, por otro, se constata que en los hechos sólo importa la búsqueda del beneficio personal a cualquier precio, sin ninguna consideración por el otro. Desde esta lógica de análisis, el sólo hecho de estudiar lo que hoy representa el tema ético para muchas personas (nuestros alumnos) puede ser motivo de una exploración cognitiva relevante.

La perspectiva que en este trabajo se ha intentado resaltar, en orden a visualizar contextos y circunstancias que inducen a determinadas conductas morales, permite tomar distancia de aquel enfoque que sólo reduce la moralidad a una dimensión exclusivamente subjetiva y personal, desestimando factores objetivos que deben ser incorporados al análisis, especialmente si lo que se busca es la modificación de conductas por la vía de la enseñanza. De esta forma, proponer una mirada atenta a las circunstancias sociales y psicológicas que gatillan determinados comportamientos morales, nos protege de caer en aquella ética sólo especulativa y abstracta que normalmente nos aleja de la moral concreta e histórica.

Desde la perspectiva de la enseñanza de la ética, un aspecto de extraordinaria relevancia consiste en destacar el rol que le cabe a cada individuo en la posibilidad de volverse moralmente responsable. Si bien es cierto que por razones de espacio se han privilegiado factores socioculturales en el origen y expresión de la moralidad, esto no implica en modo alguno minimizar la responsabilidad personal que a cada cual le corresponde en su desarrollo ético como en su actitud moral hacia los demás.

Cuando se pondera la crucial importancia que tiene el compromiso personal en el desempeño ético y moral, resulta muy sugerente el aporte que proporciona la psicología al postular que tanto las conductas morales como la identidad ética finalmente reflejan una determinada estructura de

carácter. Así, hoy sabemos que el carácter es aquel componente de la personalidad que se construye básicamente a partir de una experiencia de aprendizaje, lo cual reafirma la importancia de los contextos y las instancias formativas en el desarrollo de la ética y la moral en las personas.

Al considerar el aporte de algunas corrientes psicológicas relevantes, se puede constatar que en la construcción del carácter en la sociedad moderna sobresalen dos aspectos fundamentales. Por un lado, la forma e importancia que adquieren la adquisición y asimilación de objetos o bienes por parte de los sujetos y, por otro, el modo en que nos relacionamos con los demás y con nosotros mismos. Estos dos momentos, que operan en el marco de un complejo proceso de socialización que invade al individuo, terminan produciendo distintas “orientaciones de carácter” que en gran medida explican la disposición ética y moral esencial de cada persona. Sin lugar a dudas que en este amplio proceso de socialización mencionado destaca el núcleo familiar, que se convierte en una instancia decisiva para promover o inhibir comportamientos morales socialmente deseables.

Dentro del amplio proceso de socialización que implica la construcción del carácter, sin duda que resalta la relevancia cognitiva que tiene toda esta experiencia de aprendizaje. Si sólo consideramos los clásicos agentes socializadores que habitualmente se mencionan, como lo son la educación formal, los grupos de pares, la educación informal, los medios de comunicación y la familia, sin duda que en todos se evidencia el relevante impacto formativo que poseen. De esta forma, resalta la variable cognitiva en nuestra construcción personal, de modo que resulta sensato pensar que un adecuado manejo de información y conocimiento respecto de las posibles causas del comportamiento humano, puede transformarse en una promisorio estrategia para mejorar conductas y por lo tanto la convivencia humana.

Un aspecto crucial que se debe considerar cuando se estima que factores cognitivos pueden contribuir al mejoramiento de conductas morales, consiste en asumir la formación cognitiva como un proceso realmente integral, puesto que no se trata de sobrevalorar factores exclusivamente racionales o lógicos, sino de buscar equilibrios entre lo analítico y lo emocional; una perspectiva que contemple las distintas dimensiones del ser humano integrando el pensar, el sentir y el actuar.

Cuando se piensa en el aprendizaje como una herramienta eficiente para construir plataformas éticas deseables, debemos asumir la diferencia entre el simple manejo de información (saber) y la comprensión de un hecho o fenómeno determinado. Cuando sólo se “saben” cosas nuestro proceso de conocimiento ha sido regulado exclusivamente por la fragmentación y la simple acumulación de información, de modo que cuando se busca el cambio de conducta por la vía del desarrollo cognitivo

sólo nos sirve comprender un fenómeno, lo que implica integrar y no solamente descomponer, evaluar en contexto y no sólo apropiarnos de la realidad fragmentando. Así, debemos internalizar que en el despliegue psicológico del ser humano el todo es siempre distinto a la simple suma de sus partes.

Hoy sabemos por los aportes de la neurociencia que distintas funciones cognitivas del cerebro están localizadas tanto en el hemisferio derecho como en el izquierdo de nuestra corteza cerebral. De esta forma, se plantea que nuestras funciones más calculadoras, analíticas y lógicas se identifican con nuestro hemisferio izquierdo, así como nuestras capacidades relacionales, afectivas y contextuales se corresponden más bien con el hemisferio derecho. Así, desde la mirada de estas categorías el desafío lo establece la necesidad de integrar las potencialidades de ambos hemisferios. Se trata no sólo de saber sino también de comprender a fin de internalizar el conocimiento en nuestra manera de ser.

De este modo, surge, por ejemplo, el prometedor desafío de regular la obsesión racionalista, que no pocas veces ha desembocado en un degradado “cientificismo” o en un empobrecedor “academicismo”. En el terreno de la conducta moral la sobredimensión del hemisferio izquierdo ha instalado un evidente predominio de un “cerebro calculante”, mercantil, que simplemente termina por avalar aquel viejo mecanismo que establece que cualquier medio es válido en la búsqueda de mis beneficios, de modo que se termina validando un vil espíritu depredador.

Definitivamente un proceso formativo que tenga en su horizonte el desarrollo de individuos no peligrosos desde el punto de vista ético y moral, debe crear las condiciones para que las personas accedan a un desarrollo armónico e integral. Se debe comprender que las nociones de salud mental y consistencia moral necesariamente se conectan, ambas aluden a la necesidad de una expresión sana y benigna de la conducta humana en su relación con los demás.

Así, resulta necesario que los procesos formativos desarrollen en igual grado de importancia nuestros tres cerebros o dimensiones antropológicas: nuestra parte instintiva e infantil, nuestro componente afectivo y social y nuestra dimensión intelectual. No sólo somos “seres calculantes”, somos una especie tricerebrada que lastimosamente ha visto atrofiada su dimensión lúdica y su capacidad empática, con el propósito de producir un tipo de persona funcional a un modelo de sociedad violenta y deshumanizada.

La falta de crecimiento armónico entre nuestros tres cerebros crea las condiciones ideales para facilitar el desarrollo de carencias en nuestro desarrollo personal. Nuestra formación

unidimensional necesariamente tiende a producir déficit psicoafectivo, por lo que rápidamente nos esmeramos en buscar sustitutos para llenar este vacío. Así, resulta evidente que perturbaciones muy difundidas como la ambición de poder, el autoritarismo, la necesidad de figuración o la codicia, son el resultado de una formación torcida, que busca suplir a través de esas conductas un desarrollo deficitario.

Como se ha señalado, la fisonomía que adquiere la ética y la moral en personas concretas es el resultado del complejo vínculo entre factores objetivos y subjetivos. En lo que sigue en este ensayo intentaremos mostrar la importancia del contexto sociocultural (factores objetivos) en el perfil ético-moral del hombre actual. Se revisarán algunos componentes de la sociedad moderna que han condicionado cierta identidad ética y moral, sin olvidar en ningún momento la infinidad de respuestas personales y alternativas (factores subjetivos) que siempre es posible esperar.

ÉTICA Y SOCIEDAD MODERNA: ORIGEN Y CONTEXTO

Los orígenes de la modernidad se asocian indiscutiblemente con el término de la Edad Media y el advenimiento del Renacimiento. Este hecho normalmente se vincula con la importancia que comienza a adquirir el conocimiento empírico, expresado a través de la ciencia y la tecnología, de modo que las viejas estructuras medievales permiten dar paso a una nueva concepción y organización de la sociedad en Occidente basada fundamentalmente en el poder de la razón. Este acontecimiento responde obviamente a un proceso, y de ahí que cualquier fecha que se indique para establecer el inicio de la modernidad es arbitraria y en general dice relación con una exigencia meramente referencial, de tal suerte que si se propone el siglo XV como el punto de partida de algunos cambios fundamentales que marcan el comienzo de la modernidad, convengamos en que el proceso se origina con anterioridad.

La modernidad corresponde a un fenómeno que significó preparar a una sociedad para enfrentar nuevas exigencias económicas, religiosas y socioculturales en general, y de ahí que estos cambios que definen la modernidad giren en torno al protagonismo de la razón como pilar básico para acceder a la verdad, generándose un desprecio por el conocimiento que no es susceptible de ser comprobado experimentalmente y, en definitiva, por todo un caudal de saberes basados en la mera tradición.

En este momento estamos en los inicios de una concepción de sociedad y de hombre que en gran medida estará determinada por su forma de conocer y de apropiarse del mundo. Se trata de una

opción epistemológica que verá en la ciencia y la tecnología el principal respaldo para postular un nuevo tipo de sociedad, generándose gradualmente un pensamiento pragmático que mantendrá una continuidad en el tiempo en torno a un proyecto político. Sin embargo, se debe resaltar que en esta actitud ante el conocimiento -y en último término ante el porvenir- subyace un rasgo medular en cualquier delimitación de "lo moderno": la autonomía y libertad que surge en el hombre para decidir su destino.

De esta forma, aparece el tema de la libertad como un aspecto de importancia medular dentro del desafío ético, dado que en cualquier sistematización que se haga esta temática estará presente como una constante. En la configuración de la modernidad, la libertad individual se enarbola como una de las grandes conquistas en relación al mundo medieval, aun cuando, por otro lado, conlleva también algunos costos que se volverán inherentes a la identidad básica del mundo moderno. Lo importante en este momento es tener presente que en los albores de la modernidad en Occidente, la noción de "libertad" se conecta necesariamente con cambios que se empiezan a verificar en el plano religioso, económico y cultural.

Para comprender mejor la magnitud de los cambios que están en juego en la definición de "lo moderno", resulta importante presentar algunos aspectos emblemáticos en la transición de la sociedad medieval a la sociedad moderna. Esta exigencia está determinada en gran medida por la concepción que se tenga de la sociedad medieval, lo que no deja de presentar cierta complicación, puesto que, existen posiciones claramente distintas y encontradas, que a estas alturas ya se asumen como visiones clásicas. El enfoque "racionalista" presenta una de las percepciones tal vez más divulgadas de la Edad Media, caracterizada como una época en que predominan la ignorancia y la superstición en una sociedad que presenta grandes desigualdades sociales y una marcada falta de libertad personal. Es conocida la visión de que la sociedad medieval, a través del gran poder ideológico ejercido por la Iglesia Católica, silenció durante muchos siglos la cultura grecorromana por considerarla contraria a sus intereses teocéntricos, a sus "leyes naturales" y a los designios de la Divina Providencia, que representaba el poder y la eternidad de Dios por sobre la debilidad humana y las limitaciones del mundo terrenal.

En oposición a lo anterior, la sociedad medieval también ha sido idealizada al destacarse aspectos como la solidaridad y el sentido de pertenencia de los individuos en el cumplimiento de sus roles sociales, la subordinación de las necesidades económicas a las humanas y, en definitiva, la existencia de un sentimiento de seguridad que se perderá con la llegada de la economía y cultura moderna. Es

indudable que ante caracterizaciones polares de la sociedad medieval se hace necesaria una actitud prudente, dado que este momento histórico constituye una realidad compleja en la que, de alguna manera, ambas visiones se encuentran presentes. Lo que sí queda claro es que el paso del mundo medieval al moderno está condicionado en gran medida por el cambio de las estructuras y exigencias económicas, lo que va a significar la transformación de muchos aspectos de la existencia social en torno a una nueva visión del individuo y la sociedad.

La ideología reinante en la sociedad medieval indujo a concebir el mundo como estático y perfecto, diseñado por un creador sobrehumano, y en el que, por lo mismo, cualquier posibilidad de cambio estaba de más. El interés era claro: eternizar el estado de cosas y obstaculizar cualquier transformación. Dios, en su infinita sabiduría, había dispuesto la existencia de clases sociales inamovibles que se ajustaban a una estricta ordenación jerárquica de la realidad. Sin duda, un buen ejemplo de esta concepción se refleja en la cosmogonía de la época: una tierra plana, detenida, en torno a la cual gira pálidamente el sol.

Este panorama permite comprender de mejor forma la importancia que adquiere la libertad individual, como uno de los elementos claves que marcan el nacimiento de la modernidad al establecer las posibilidades de flexibilidad social frente al sistema. La llegada de la economía moderna o capitalista refleja claramente este hecho, al enfatizar la iniciativa y libertad individual como posibilidad de cambio social y mejoramiento económico. Esta libertad fue el primer privilegio de los habitantes de los burgos, es decir, de los nuevos barrios y suburbios que paulatinamente fueron configurando los mercaderes a la sombra de poblados episcopales y fortalezas señoriales que, serán el origen del mundo urbano y el símbolo indiscutido de la modernidad.

La libertad que ahora está en juego tiene una dimensión muy práctica, puesto que impregna los instrumentos jurídicos que posibilitan el traslado a cualquier sitio portando mercancías; libertad para testar, libertad para contratar, para traspasar fortunas, etc.; todas posibilidades que en la Edad Media tenían un carácter estrictamente local. El capitalismo naciente abre las puertas al capital-dinero que se engrandece a partir del comercio y de la usura, y que tiene la cualidad de hacer abstracción de personas determinadas al saltar por encima del origen, la sangre y la tradición. Las relaciones personales entre señor y vasallo, tan propias del Medievo, comienzan a perder sentido. La burguesía, que será el grupo social emergente, entrará en acción para disputar el control político y económico a la nobleza tradicional, marcando de este modo el inicio definitivo de una nueva época.

El nuevo escenario económico que inaugura la modernidad sitúa al hombre en otro esquema de relaciones sociales, lo ubica en otra concepción filosófico-política. Incentiva, por ejemplo, el sentido de la competencia, levemente presente dentro del mundo medieval, pero que con la llegada del capitalismo adquiere importancia por el estímulo que existe de la iniciativa individual; competencia que en muchas oportunidades implica que el éxito de unos signifique la destrucción de otros. Se ha reparado incluso en el apasionado anhelo de fama del hombre del Renacimiento, interpretándolo como una forma de darle sentido a la vida a través de la posibilidad de perpetuarse en el tiempo, de modo de reducir la sensación de temor, duda e insignificancia generalizada que comienza a surgir a partir de las nacientes estructuras modernas. Estas transformaciones expresan paralelamente cambios en el plano del pensamiento, que reflejarán la presencia de la razón en la visión que se tenga del hombre en el mundo y en la sociedad.

El significado cultural de estos cambios es de suma importancia, puesto que se comienza a reemplazar una sociedad que presenta un carácter estático y rígido de la estructura social, pero que ofrece algún grado de seguridad personal, por otra en donde se estima valioso desarrollar un sentido marcado por las decisiones y libertades personales, pero que a cambio ofrece un grado creciente de desamparo y orfandad social.

Estamos en presencia de los orígenes del modelo político "liberal", en el cual predomina dentro de su espíritu central de organización y administración de la polis un sentido resuelto de privilegiar lo individual. Se trata, en definitiva, de una concepción ideológica que apuesta al individuo en la búsqueda del desarrollo político general. Este aspecto responde a una filosofía política que se convertirá en un supuesto ideológico fundamental en el desarrollo de la modernidad hasta nuestros días, de tal suerte que esta concepción antropológica podrá en la actualidad evidenciar su continuidad en el tiempo a través de trastornos "individualistas" atribuidos a la etapa posmoderna, que en lugar de potenciar el desarrollo generarán conductas políticas anómicas y altos grados de indiferencia y desintegración social.

Desde el análisis antropológico se puede sostener que el proyecto moderno se ha visto expuesto desde sus inicios a la contradicción, al privilegiar, por un lado, la opción individual de manera ilimitada y, por otro, reconocer en el discurso la importancia de los fines colectivos. Sin embargo, la sobredimensión de lo individual ha prevalecido, convirtiéndose en un factor fundamental para certificar una identidad que se ha mantenido en el tiempo formando parte de un proyecto político. En la actualidad se verifica esta continuidad al existir una agudización de lo individual, al extremo

de no atribuir, en general, desde el punto de vista de la "opinión ciudadana", gran importancia a los proyectos políticos colectivos, sino sólo a los proyectos individuales, los que en la práctica se tratan más bien de vulgares repliegues personales.

Frente a la llegada de la modernidad existe un grado de consenso para aceptar que cuando se enfrentan cambios de la magnitud de los que aquí están en juego, hay costos y beneficios, aspectos positivos y negativos; la complejidad del proceso no admite otra posibilidad. De esta forma -dentro de los márgenes y objetivos de esta reflexión-un punto de apoyo es compartir la tesis de que la llegada de la modernidad significó una suerte de ambivalencia ética, en la que por un lado el hombre se hace más independiente, libre y crítico, y por otro, más solo y atemorizado. Sin embargo, hay que reconocer que generalmente se han resaltado más las bondades del nuevo escenario, dado que bajo el sistema capitalista los individuos, y especialmente los miembros de la clase media -que aumentaron su libertad y poder político al incrementar su poder económico-, tenían la posibilidad de surgir a través de sus méritos y acciones. No hay que olvidar que las posibilidades y formas de vida de las personas en la Edad Media estaban determinadas inclusive antes de nacer.

ALGUNAS CAUSAS DEL PROBLEMA ÉTICO EN LA SOCIEDAD MODERNA

Uno de los aspectos emblemáticos en el que se puede focalizar una visión crítica de la modernidad se refiere a la gran "transformación axiológica" que se verifica especialmente en la modernidad tardía. Así, uno de los aspectos que mejor ejemplifican y simbolizan los cambios valóricos en el hombre moderno se relaciona con la sensación de transformación permanente que invade su entorno existencial. De esta forma, surge una concepción de hombre que conlleva necesariamente la idea de que todo lo que se vincula con la existencia tiene una dimensión efímera y transitoria, de ahí que el hombre mismo en cuanto realidad física y metafísica adquiera un significado puramente instrumental.

Uno de los sustratos empíricos de este fenómeno se debe a una organización económica que se va planificando en función de lo "nuevo", de lo "último", a fin de garantizar niveles más altos de eficiencia y rentabilidad, puesto que tecnologías atrasadas y en general estructuras superadas por el tiempo proporcionan una situación desventajosa. Sin embargo, un aspecto esencial al querer identificar la concepción de hombre en juego es que esta lógica económica nos podría parecer natural si se mantuviera en la exclusividad de su ámbito, pero el punto consiste precisamente en la invasión e irradiación de este rasgo económico a todas las dimensiones de la existencia,

configurando una visión antropológica que tiende a contaminar con una orientación mercantil gran parte de las relaciones humanas.

De lo anterior es posible postular que en buena medida la identidad ontológica del hombre moderno, en particular en la modernidad tardía, queda profundamente influenciada por la sobredimensión de los aspectos económicos, de modo tal que este traspaso de mecanismos económicos a la forma de "administrar" la existencia genera una estructura mental, tanto en su dimensión consciente como subconsciente, con una clara dirección comercial. El propio concepto de lo que el individuo vale en cuanto persona en su sentido más profundo depende de su éxito, de si puede venderse favorablemente en el mercado. Todas sus potencialidades se entienden como su capital y, por lo tanto, su proyecto de vida consistirá en realizar una buena inversión, es decir, sacar "utilidades" de sí mismo.

En este esquema, dentro del ámbito de los valores que buscan un nivel de trascendencia de la existencia, como la fraternidad, el amor, la amistad, la lealtad, la bondad, es muy probable que tales valores se transformen, bien en cualidades humanas que impliquen una personalidad más atractiva comercialmente, o simplemente en una realidad ingenua y sin sentido en un universo social y humano que, en general, se orienta en otra dirección. Las dos opciones atentan contra la posibilidad de postular un hombre que entre en contacto real y profundo con el significado último de la existencia, con la posibilidad de realizarse y encontrarse a sí mismo en la búsqueda de una dimensión trascendente, particularmente si gran parte de su destino y autovaloración está determinado por factores ajenos a sí mismo, como lo son las cambiantes leyes mercantiles.

Es muy probable que esta situación, en la que gran parte de la identidad esencial del hombre contemporáneo está determinada por una realidad externa, y no comienza por una revisión cotidiana y permanente de sí mismo, contribuya a la construcción de un individuo vacío, superficial y enajenado, que parcialmente se ajusta al paradigma que mejor refleja desde el punto de vista cuantitativo al hombre actual.

Es posible sostener que los fundamentos de la modernidad, desde un punto de vista social, económico y cultural, establecen las condiciones de posibilidad para que surja el hombre-masa, caracterizado como un ser irreflexivo, fácilmente influenciado, manipulable, superficial y que sólo ajusta su existencia a un inmediatismo vulgar, a un "presentismo", negando toda posibilidad de trascendencia valórica. Este hecho, sin duda real, desarrolla en paralelo y por oposición la idea de élite intelectual y espiritual, es decir, el sector minoritario que piensa, que reflexiona

permanentemente sobre las realidades últimas de la existencia y que se contraponen a las ignorantes "masas atrofiadas", a la "manada perpleja". Esta perspectiva valórica, que ha sido desarrollada por algunos filósofos en una dirección habitualmente clasista y peyorativa, no siempre dilucida con claridad la responsabilidad que en este tipo de fenómenos le cabe a la forma estructural en que se ha configurado la modernidad, y en este contexto los valores -o antivalores- que se tornan predominantes.

El tema axiológico en el análisis de la modernidad reviste una importancia capital, puesto que desde un interés filosófico es el ámbito donde se reproduce claramente en forma de representación abstracta y conceptual la dirección y sentido de la modernidad. Con todo, si consideramos los cimientos y directrices básicos del mundo moderno, el ámbito ético no está exento de dificultades, debido a que, como se señalara, la epistemología moderna ha legitimado un saber en el que el estatus de racional en el conocimiento, que es una característica decisiva, va asociado a lo experimental, a lo cuantificable, a lo comprobable de modo empírico, por lo que virtualmente se rechaza la posibilidad de un conocimiento moral que sea racional, objetivo y por lo tanto respetable.

El estatus epistemológico en el que se encuentra el conocimiento moral deja establecidas las condiciones para la instauración de lo que se ha denominado el "relativismo ético", desde el momento en que se niega o se subestima la posibilidad de encontrar criterios racionales y objetivos que permitan dirimir fenómenos valóricos en conflicto. La modernidad tardía, a partir de la segunda mitad del siglo XX en Occidente, comienza a consolidar una realidad decisiva para la situación existencial y social del hombre contemporáneo: la moralidad es sólo un problema de gustos, de opciones personales, subjetivo y por lo tanto sólo relativo a cada sujeto.

Esto refleja una vez más la sobrevaloración de la dimensión individual que propicia la modernidad, puesto que, a diferencia de otras organizaciones políticas, la identidad del hombre actual en rigor está determinada por factores que en definitiva sólo lo involucran en su dimensión individual. A modo de comparación con otros momentos políticos, baste recordar el contenido y dirección de la ética aristotélica, que está dirigida al ciudadano de la polis griega o ciudad-estado, en donde la identidad esencial del individuo, la idea acerca de sí mismo, la determina su pertenencia a la comunidad política, a su vinculación con los demás. De esta forma, el desarrollo ético personal estaba íntimamente unido al desarrollo social, el "bien individual" se orientaba en la misma dirección que el "bien común", aspecto que la organización cultural, social y política griega se

encarga de reforzar y mantener. Esta situación, sin duda, es claramente opuesta a la ética que propicia la organización política de la modernidad tardía.

LA MODERNIDAD QUE HEREDAMOS Y SUS CONSECUENCIAS ÉTICAS

Es posible sostener que a través del desarrollo de la modernidad se han ido estableciendo las condiciones para el surgimiento de una crisis del conocimiento moral por una falta de legitimación epistemológica. Se estima que se desborda el ámbito estrictamente racional por no existir criterios objetivos -y por lo tanto racionales- que regulen el conocimiento moral, por lo que en gran medida queda todo supeditado a la "mera subjetividad". Aceptar esta conclusión significa constatar que el gran anhelo de racionalidad que prometía el paso del mundo medieval al moderno finalmente no se habría cumplido a cabalidad en el ámbito ético, desde el momento que se impugna el estatus racional y objetivo del conocimiento moral. Sin duda que este corolario cobra sentido bajo la actual concepción de saber racional que la modernidad ha construido, que entre otras cosas nos permite explicar el desprecio por el conocimiento especulativo en el que está en juego una racionalidad espiritual y no una racionalidad operativo-funcional.

No cabe duda que la sobredimensión que adquiere en la modernidad todo aquel conocimiento que gira en torno a la razón instrumental ha significado un pronunciado deterioro en el conocimiento moral y su vivencia. La noción de progreso, por ejemplo, se construye a partir de una marcada desproporción entre lo que Jürgen Habermas llama la "razón instrumental" por sobre la "razón comunicativa", que es en el fondo la constatación categórica de que en nuestra noción de progreso moderno la ciencia y la tecnología -por ajustarse muchas veces a una lógica de beneficio económico- se han desarrollado en progresión geométrica, en circunstancias que el crecimiento moral del individuo y de la sociedad sólo lo han hecho en una progresión aritmética. De ahí la percepción generalizada de que la modernidad ha propiciado la idea de crecimiento sólo en un sentido material, descuidando completamente otras dimensiones del ser humano.

Esto explica el desarrollo de una concepción de hombre en la que predomina una mentalidad operativo-funcional, prevaleciendo un razonamiento tecnológico en el que el lenguaje sólo adquiere una función técnica y por lo tanto reductora de sentido. Como consecuencia se reduce dramáticamente el acto de pensar, la reflexión crítica, la meditación trascendente. Algunas de sus consecuencias son evidentes: inconsistencia espiritual y por lo tanto vulnerabilidad psíquica, crisis de valores y un deterioro dramático de la salud mental del hombre actual.

Desde esta perspectiva, adquiere sentido una de las premisas básicas que sostienen algunos pensadores actuales al postular que el "proyecto moderno", especialmente el que representa el movimiento ilustrado, entra en una fase de crisis terminal, dado que dicha propuesta, en esencia, percibía el desarrollo no sólo como control de la naturaleza y crecimiento económico, sino también le eran consustancial el progreso moral, la justicia y la felicidad. Al constatar que la noción de progreso moderno, en general, sólo tiende a considerar el desarrollo de la razón instrumental y sus efectos y abandona el crecimiento moral, es posible pensar que ésta es una razón suficiente para sostener que el proyecto moderno está en crisis, por lo que se puede postular que hemos entrado en una etapa distinta o posmoderna.

La crisis del proyecto moderno en cuanto fracaso de la "racionalidad" también adquiere fuerza al constatar que no obstante desaparecer formas de irracionalidad medieval en el ámbito de la autoridad -como, por ejemplo, la superioridad de un hombre por otro apelando a la voluntad de Dios, al nacimiento o a una ley o derecho natural-, esto, sin embargo, no fue suficiente para postular una plataforma axiológica sólida que entregue una dirección en bien de la humanidad en el mundo moderno. Si una persona es mandada por otra -siguiendo el ejemplo en el plano de la autoridad- se debe a que quien ordena compra los servicios de la mandada en el mercado, y lo hace porque ambas son libres, entrando de ese modo en una relación contractual. Esta situación banal y cotidiana trae consecuencias éticas de gran trascendencia en el mundo moderno, debido a que de la misma forma en que en un momento en el mundo medieval la autoridad irracional se vuelve decadente y obsoleta, en el mundo moderno la autoridad racional llega a ser anticuada e inoperante, puesto que si es el mercado y las relaciones contractuales los que regulan lo que conviene o no conviene, lo justo o lo injusto, lo bueno o lo malo, entonces cualquier teorización racional o reflexión ética que tenga la pretensión de ser algo más que un mero ejercicio mental, en rigor, deja de tener sentido. La demanda de racionalidad ética en el mundo moderno es objetada; los fundamentos que permitían tomarla en serio se desdibujan; pasamos, en definitiva, de la "irracionalidad medieval" a la "irracionalidad moderna" en el universo de la valoración y regulación de la existencia.

Esta conclusión pone en evidencia y confirma la vinculación entre los componentes mentales y sociales de la modernidad, porque las objeciones a una racionalidad moral en el plano axiológico y conceptual a partir de impugnaciones epistemológicas son coincidentes, en el plano social, con el descrédito en que cae la racionalidad ética cuando buena parte de la existencia es regulada por leyes mercantiles. Nuevamente observamos que es la razón instrumental y sus intereses la que

establece la dirección central de la forma como se ha hecho realidad el denominado "proyecto moderno".

La condición de la moralidad en la actualidad experimenta trastornos de grandes proporciones, lo que explica en parte el surgimiento del nihilismo como categoría filosófica fundamental en el pensamiento contemporáneo. De esta forma, será un filósofo de la estatura de Friedrich Nietzsche el que perciba el nihilismo como el momento en que valores superiores se degradan a sí mismos, se vacían de contenido.

La importancia de Nietzsche radica precisamente en que en forma temprana advierte con una lucidez profética que el nihilismo es el fundamento de la cultura moderna. Donde muchos veían estabilidad y poder, Nietzsche percibía crisis e inseguridad. A este filósofo no le basta la condición de potencia en que el ejército prusiano había convertido a Alemania, como tampoco los progresos de la ciencia y la técnica. Para Nietzsche, el destino del mundo moderno es decidido por respuestas éticas, dependía de la revaluación moral de la plataforma cristiano-occidental, que a su juicio había entrado en una crisis espiritual dramática con la agudización de la incertidumbre religiosa.

Sin duda que revisar la noción de nihilismo en Nietzsche exige un análisis que escapa a los objetivos de esta reflexión; no obstante, resulta imposible no hacer una mención a este filósofo que focaliza prematuramente la situación existencial del hombre contemporáneo en el plano de los conflictos éticos. Así, al intentar establecer una conexión entre nihilismo y modernidad dentro de su pensamiento, no es exagerado plantear que para Nietzsche una de las fuentes decisivas en las causas del nihilismo es la concepción de "racionalismo" imperante en el mundo moderno que tiende a destruir la afirmación espontánea de la vida. Esto se verifica particularmente cuando se obstaculiza una "voluntad de poder" que busca la construcción de un hombre nuevo, un individuo espiritualmente superior en el que se articulen en igual proporción la dimensión apolínea y la dionisiaca.

Al sostener que en la modernidad los aspectos materiales, sociales y mentales están inevitablemente vinculados, no constituye un despropósito pensar que el "espíritu nihilista" que se ha desarrollado en el siglo XX en Occidente se relaciona con las condiciones concretas de existencia social. De esta forma, por ejemplo, es posible pensar que el esquema económico que surge en la modernidad, que se caracteriza por la tendencia permanente al cambio, por el impulso a destruir todo lo que sea necesario si la dinámica económica así lo requiere, puede contribuir a desarrollar en el plano mental y existencial del hombre moderno una actitud proclive al rechazo, a la

destrucción, a la anarquía, al desencanto, dado que dentro de las percepciones que en general se tienen del espíritu nihilista, sin duda que estas tendencias se asocian de manera indiscutible.

Al existir antecedentes epistemológicos y sociales en la modernidad que socavan la posibilidad de proposiciones éticas ampliamente aceptadas y confiables, que impliquen un punto de referencia objetivamente legitimado en la orientación del comportamiento, sin duda que quedan dadas las condiciones para la irrupción del "espíritu nihilista" en cualquiera de sus manifestaciones. Sin embargo, el constatar los trastornos valóricos que vive el hombre moderno -que habitualmente se dan en momentos de cambios y transformaciones-, y que pueden ser ubicados dentro de una atmósfera nihilista, no implica que las valoraciones dejen de existir, sino simplemente que la nueva lógica axiológica concibe al hombre de manera distinta y por lo tanto su función social se modifica en relación con la tradición. Desde esta perspectiva, no hay a-moralidad, sólo moralidad que puede ser contraria o funcional a la dinámica social imperante, lo que implica en el plano filosófico posiciones de aceptación o de abierta crítica y rechazo.

Plantear la pérdida del estatus racional de la moralidad sin duda que es una crítica de fondo y agresiva, puesto que tendrá como consecuencia sólo aceptar la funcionalidad e interés social del mundo de los valores, independiente de su fundamentación epistemológica e intelectual. Al parecer ésta es una de las causas de la situación de la moralidad en la modernidad tardía, que la convierte en una realidad insustancial, relativa y efímera, sólo en un apéndice de un proyecto de sociedad, frente a lo cual, a la ética, lejos de ejercer una labor crítica en beneficio del hombre, se le exige que se acomode sin fricciones al desenvolvimiento del mundo moderno. La misma exigencia, por cierto, que se le asigna al hombre actual.

PALABRAS FINALES

En la revisión de algunos componentes que configuran nuestra cultura - que como se ha mostrado es la expresión de un amplio proceso conocido como modernidad- destaca la importancia que adquiere el valor de la individualidad. En efecto, un aspecto sobresaliente de nuestra sociedad es la relevancia del individuo en cuanto valoración por sus libertades y decisiones personales. Hoy asumimos que, al proceso de modernidad en cualquiera de sus niveles de desarrollo, le resulta consustancial resaltar el rol superlativo que adquiere el individuo en la búsqueda de su realización y expansión personal.

Este aspecto crucial de nuestra cultura produce, sin embargo, una preocupante tensión (no siempre reconocida) con las distintas propuestas éticas deontológicas que conocemos. En parte la explicación de esta distancia se debe a que la valoración que han adquirido las opciones personales produce una inevitable resistencia al aporte deontológico en cualquiera de sus versiones. Este desencuentro se produce en gran medida porque lo deontológico se configura desde lo heterónimo y lo que hoy prevalece sin contrapeso es la decisión autónoma que tiende a prescindir de referencias externas.

Así, al existir hoy en día una suerte de desbalance entre lo autónomo y lo heterónimo, se nos plantea el interesante desafío formativo de validar un equilibrio entre ambas miradas, de modo de valorar las irrenunciables libertades personales, pero sin renunciar a valores y principios que operan como orientaciones decisivas de la conducta humana.

No hay duda de que en el desarrollo ético-moral la educación cumple un rol fundamental. Razones de costo y sanidad en la convivencia humana hacen aconsejable la prevención de conductas nocivas por la vía educativa, a fin de depender cada vez menos de la sanción como forma de regulación del comportamiento, entre otras razones porque el camino punitivo ha dado claras muestras de ineficiencia práctica. Los tiempos actuales nos exigen visiones más de fondo, sin duda planetarias, de modo de ir encaminándonos hacia una nueva conciencia moral.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

- Bauman, Zygmunt
Ética posmoderna. Siglo veintiuno, Argentina, 2004.
- Beck, Ulrich
Hijos de la libertad. Fondo de Cultura Económica, México, 2002.
- Berman, Marshall.
Todo lo sólido se desvanece aire. La experiencia de la modernidad. Siglo XXI, México, 1988.
- Fromm, Erich
El miedo a la libertad Paidós, Buenos Aires, 1977.
- Fromm, Erich.
Ética y Psicoanálisis. Fondo de cultura económica, México, 1971.
- Lipovetsky, Gilles
El crepúsculo del deber. Anagrama, España, 1994.
- Lipovetsky, Gilles
La era del vacío. Anagrama, España, 1986.
- Maslow, Abraham
El hombre autorrealizado. Kairos, España, 2014.
- Morin, Edgar
Los siete saberes necesarios para la educación del futuro. Paidós, España, 2016.
- Naranjo, Claudio
Cambiar la educación para cambiar el mundo. Cuarto Propio, Chile, 2007
- Nietzsche, Friedrich.
La voluntad de poderío. Obras Completas, vol. IX. Aguilar, Madrid, 1951.
- Poole, Ross
Moralidad y modernidad. El porvenir de la ética. Herder, Barcelona, 1993.
- Roa, Armando
Ética y Bioética. Andrés Bello, Santiago-Chile, 1998.
- Sabater, Fernando
El valor de educar. Ariel, España, 2004.
- Weber, Max
La ética protestante y el espíritu del capitalismo. Península, España, 1994.